

Valle Inclán otra vez

Por Alonso Zamora Vicente

Alonso Zamora Vicente (Madrid, 1916) ha sido catedrático de Filología Románica de la Universidad Complutense y es secretario perpetuo de la Real Academia Española de la Lengua. Su bibliografía recoge temas filológicos y literarios tanto clásicos como contemporáneos: desde Lope de Vega a Cela, pasando por Valle Inclán. Es autor además de varias colecciones de cuentos.

La bibliografía de Ramón del Valle Inclán va siendo copiosísima. Por desgracia, abunda en demasía una crítica excesivamente enunciativa. Tengo sobre la mesa la *Guía de «Tirano Banderas»*, de la que es autor Gonzalo Díaz Migoyo, distinguido profesor español recalado en California. La he leído con vivo interés, al igual que los trabajos aparecidos en números conmemorativos de diversas revistas, en la confianza de encontrarme con otro Valle, el Valle entrevistado por unas generaciones más jóvenes, un Valle más afín a la sensibilidad actual, muy distante ya de la consagrada. Y no es difícil verlo por aquí y por allá, especialmente en lo que a la interpretación teatral se refiere. La distancia va creciendo y Ramón del Valle Inclán se va quedando en la ceñida comarca de los clásicos, segura cita acogedora y fiel, voz y gesto próximos, dispuestos a aceptar innumerables interpretaciones, incluso contradictorias, según vaya siendo el fluir del tiempo. Con su libro, Díaz Migoyo recuerda, hasta cierto punto, la costumbre anglosajona de editar libros que sirven de lazarillo o de piloto para lecturas más arduas. El propio *Tirano Banderas* ha sido ya sometido a un proceso de este tipo, si bien más limitado de proyección, en el trabajo de Verity Smith (1971).

Díaz Migoyo nos proporciona una nueva recreación de la asendereada vida de Valle. Destaca muy acertadamente la intensa y permanente teatralización en que Valle vive. Eterno personaje en escena, desde el atuendo a la frase, Valle necesitará siempre un público ante él. A él se dirige y a él pretende llevar a la meta propuesta, empleando cualquier procedimiento de seducción. La vida teatral, la tertulia en los cafés, el deambular nocturno y sin rumbo fijo, acosados por el diálogo brillante, etc., se nos pone otra vez de pie delante de nuestra sonreída complicidad en estas páginas de Díaz Migoyo. Lástima que la lejanía en que parece haber sido escrito este libro haga que el autor se entregue sin mayor crítica a algunos lugares comunes poco meditados —cuando meditaremos despacio sobre nuestras cosas en vez de seguir cómodamente los impulsos y los juicios consagrados—. Sirvan de ejemplo los prejuicios sobre la Real Academia Española con motivo de la no concesión del Premio Fastenrath en 1932, y sobre el Ateísmo con motivo de la elección de Valle para suceder a Manuel Azaña en la presidencia.

De todos modos, y tal como esperaríamos de una guía pensada probablemente para estudiantes (en el fondo todo cuanto escribe un profesor lleva entre sus líneas el trasfondo de su auditorio habitual), habría bastado con enunciarlo, sin mezclarlo ni hacer juicios inoportunos.

Acuerdo inicial de este libro es el de no sumergirnos en erudiciones adormecedoras, sino que se aprovechen cuando es necesario los soportes eruditos o doctrinales, sin exhibición voluntariosa de «autoridades» o de citas. Esto último suele ser mal frecuente en nuestros estudios. Díaz Migoyo se sujeta al texto, se esfuerza por desentranarlo ante nuestros ojos y pone en evidencia su inalienable lección. La arquitectura de la novela, nitidamente levantada sobre unos cuantos ejes entrelazados, se aclara al lector atento, una vez terminada la lectura, con deslumbradora diafanidad. Valle, con maestría excelente, ha sabido mover los hilos de la acción —teatral en su mayoría— para tenernos embelesados durante el plazo temporal —tan corto— en que se desarrolla



FRANCISCO SOLE

la novela. No en vano estaba orgulloso de ella, a la que consideraba como un gran trabajo ejemplar. Sobrenada la soterraña visión mágica que anima la narración. El estudio del profesor checo Oldřich Bělič ha puesto luz en estos extremos tan certeramente que no podemos pensar en una casualidad. Es algo profundo. Es evidente que en los años de la experiencia humana de Valle Inclán, el espiritismo (o su degeneración en la fraseología y en la superstición popular) desempeñaba un gran papel. Virtud del comentarista es recordar a Allan Kardec, a Elena Blavatsky, a las revistas del tiempo dedicadas al conocimiento del trasmundo. Pero para un jovencillo de esos años, el asistir a reuniones espiritistas, más o menos científicas o falaces, era el pan nuestro de cada día. Quizá se trata de una actitud que se corresponde con períodos de crisis, en los que el hombre necesita hallar una solución a problemas acogojantes. Para el público medio, municipal y espeso, en esas reuniones —habitación en penumbra, velador que golpea, médium que habla o escribe atonadamente mensajes del trasmundo— todo se reducía a preguntas elementales sobre cosas o amores perdidos, herencias, peleas de familia... En *Tirano Banderas* es armonía profunda y eje sin el cual la narración no se despliega.

La parte más sugerente de la novela son sus implicaciones y nexos con la realidad circundante. Cada vez veo más nitidamente una característica, la fundamental probablemente, de Ramón del Valle Inclán como escritor: Valle no es un inventor de fábula, sino un genial mixtificador de las fabulaciones ajenas. Necesita estar apoyado en algo real, ajeno, algo que está ahí, afuera, palpitante; algo que, generalmente, él mismo ha convivido como sujeto histórico y a lo que sabe vestir y poblar de resonancias nuevas. De ahí la presencia de personajes y personajillos que fueron peones de una circunstancia real y verdadera en sus páginas. Quizá el secreto último de la esperterización radique en esa sombra evasiva de realidad. Es, y para siempre, mucho más importante y real la ficción que la realidad maltrata que utiliza a cada paso.

Díaz Migoyo hace un largo y detenido viaje por *Tirano Banderas*. Más que un balance de reconocimientos es un catálogo de personajes que, al ser evocados, desparraman datos valiosísimos para reconstruir los caminos de la creación de Valle, sus lecturas, sus simpatías y diferencias, su capacidad de condensación o de estímulo. Así, por ejemplo, es muy atinada la observación sobre los dictadores que se esconden bajo Santos Banderas. Sin que la estampa de Porfirio Díaz se difumine, la presencia de Victoriano Huerta, de tan triste memoria, está muy bien interpretada. La identidad Filomeno Cuevas = general

Obregón debe ser perseguida con minucia. Es evidente el reflejo literario y muy clara la estimación del autor por el personaje. Para mí es indudable que Valle leyó con frecuencia y con mimo los *Ocho mil kilómetros de campaña*, de Obregón, libro del que sacó innumerables vivencias literarias.

De toda la rebusca de datos que nos brinda Díaz Migoyo, considero de la mayor importancia la identificación del pasaje, escalofriante pasaje, del niño destrozado por los cerdos, con un cuento, seguramente tradicional, de Gerardo Murillo, «El niño quindaba porra». De todos modos hay que estar muy alerta en este perfil de «reconocimientos» y no dejarnos llevar por el relámpago de luz que el encuentro con una verdad de carne y hueso nos produce. Desde los nombres de los perros (Porfirio, Merlín, tan significativos) a las posibles relaciones con la vida corriente. Creo que no es forzoso pararse a encontrar el personaje concreto. Simplemente evocan y nada más. Evocan un estilo, un clan, una forma de vida, una trascendencia poderosa. En esos casos no es alguien el que provoca la personalidad, sino la intencionalidad valleinclanesca. Esto de los «reconocimientos» es lo que ha llevado a exagerar algunos aspectos profesionalmente y, en consecuencia, a descubrir familiares mediterráneos. Tal es el caso de la relación Lope de Aguirre = Santos Banderas, que la crítica ha aireado como «descubrimiento» cuando se trata de un ambiente de lecturas generalizadas en los años prímicos del siglo, con la edición de las *Crónicas* de la conquista americana. Los comentarios más a flor de piel al aparecer *Tirano Banderas* hablaron concordemente sobre la presencia de Lope de Aguirre y su muerte en la figura del tirano. ¿Por qué lanzar las campanas al vuelo unos años después? Mejor será destacar cómo Valle emplea como soporte determinados personajes, o situaciones límite de esos personajes, para emplearlos como apoyatura de sus legítimos héroes ficticios. Alejandro Sawa no es exclusivamente Max Estrella, ni Max Estrella es todo Sawa. Se soportan y ayudan mutuamente. Lo mismo nos pasa con el presidente Madero y Ro-

que Cepeda, unidos por la base espiritista y con otras muchas manipulaciones de la realidad que Valle hace: los indios, por ejemplo, presentados como estereotipos, cuando la realidad fue muy otra, atiborrada de matices y de situaciones cambiantes. Los cuatro ministros gallegos que se recuerdan en *Las galas del difunto* lo fueron en un gabinete de Eduardo Dato en 1920, fecha que no tiene que ver con lo que ocurre en la obra. Los trucos del texto en las sucesivas apariciones son también buena prueba de cómo Valle utiliza la pequeña historia en provecho de una idea, incluso de una manía. El «Pollo de Cartagena», de *La hija del capitán*, se llamaba, en la primera versión, «Pollo del Triánón». De esta designación primera, que nos lo presentaba como asiduo a un local de ese nombre, nochernego, amante de la juerga y de la vida relajada, a la de «Pollo de Cartagena», hay un largo camino. Pocos saben ya que el auténtico personaje recordado en el esperterto, la víctima del famoso crimen del capitán Sánchez, llevaba, entre sus negocios, la sala de juego del Círculo Militar de Cartagena. Es necesario desentranar las citas de Valle, sí, y cuidadosamente. Sigo pensando, cada día con más fundamento, que todo cuanto se cita en la obra esperterica tiene un trasfondo de verdad, aconteció de veras sobre la haz de España. Dicho de otro modo: necesitará (necesita ya) un laborioso comentario. Pero en manera alguna hemos de sobrevalorar nuestros hallazgos. Para Valle todo ese acompañamiento básico es un simple procedimiento de denuncia, de patética acusación hacia una realidad social triste y envilecida. La concreta versión documental se queda extramuros y muchas veces aparece incompleta y hasta falseada.

Tirano Banderas tiene ya una excelente guía para adentrarse en su complejidad y desgranar sus conflictos. Invitación a la lectura recreadora, tan abandonada en estos tiempos de televisión, superficialidad charlatana y frívolas actitudes organizadas, e invitación certera. Ojalá no sea éste el último trabajo que los cincuenta años de la muerte de Valle nos pongan sobre la mesa. □

RESUMEN

Para Alonso Zamora Vicente, el cincuentario de la muerte de Valle Inclán debería servir para entrever otro Valle, un Valle más afín a la sensibilidad actual, y sin embargo, en su opinión, va a quedar ceñido a la comarca

de los clásicos. Por lo que respecta al libro comentado, considera Zamora Vicente que Tirano Banderas tiene con él una excelente guía para adentrarse en su complejidad y desgranar sus conflictos.

Gonzalo Díaz Migoyo

Guía de «Tirano Banderas»

Fundamentos, Madrid, 1985. 300 páginas.